

EL FERRO-CARRIL.

PERIÓDICO DE INTERESES DE LA PROVINCIA.

Se publica todos los miércoles.

Precio:—Por un trimestre, 1 peseta 50 cénts. Administración, calle de los Amantes, 10, entresuelo.

PRUDENCIA Y ENERGIA.

Las noticias comunicadas estos dias por el gobernador general de Filipinas, son sumamente graves, hasta el punto de que se hace inevitable la guerra con el imperio Aleman, si este no se apresura á devolver á España el terreno que malamente le ha usurpado, castigando á la vez con mano fuerte á los inícuos autores del despojo.

Cuando las tripulaciones del San Quintín y el Manila habían izado el pabellon español en la Isla de Yap, el comandante de un acorazado de Alemania arrió la bandera española y enarboló la alemana en señal de posesion, y esto ante las tripulaciones de los barcos españoles, cuyos comandantes creyeron dejar bien servida á su pátria levantando una sencilla protesta.

El temido despojo, cuya sola posibilidad de tal modo irritó á los españoles, se ha consumado con circunstancias bien agravantes por cierto.

El origen de la noticia nos impide dudar de su completa exactitud, por más que nos parezca imposible que una nación civilizada conculque hasta ese punto los derechos de otra potencia su amiga, y más imposible todavía que aquellos marinos españoles no lavaran inmediatamente en un mar de sangre el lodo que otros marinos arrojaron sobre nuestra immaculada bandera.

Sospechamos que los jefes de ambas tripulaciones llevarían órdenes terminantes de no romper el fuego contra los buques alemanes, cualquiera que fuese la conducta que estos piratas observaran; pero, así y todo, se necesita no tener sangre española para presenciar impasible tal baldón y consentir que se llevara á cabo impunemente el despojo de un país, cuya defensa les había confiado la pátria. Cualesquiera que fuesen las órdenes recibidas, es demasiada prudencia la de aquellos españoles, y cuando la prudencia traspasa sus límites, ya sabemos el nombre que se le dá en toda tierra de garbanzos.

Para que todo sea anómalo en esta ocasión, la noticia de nuestra deshonra no viene acompañada con la de haber

sido fusilados los comandantes del San Quintín y del Manila, que llevaron su obediencia á donde no la ha llevado jamás ningún generoso español.

En el caso pues, de que la ofensa no sea inmediatamente reparada, se ha hecho inevitable la guerra, si España quiere vengar el ultraje y reconquistar el terreno perdido, consiguiendo de paso que entienda el orgulloso Bismark que entre nosotros viven todavía los Pelayos, Alfonsos y Fernandos, los Fernandez de Córdoba, Corteses y Alvarez de Toledo, y los Churrucas y Gravinas. Debe España procurar que los alemanes recuerden nuestras famosas y nunca bien ponderadas campañas de Flandes, en donde, no obstante faltar todo lo necesario á nuestros tércios, dieron severísimas lecciones á aquellos empedernidos lutranos.

No nos hacemos ni queremos hacernos ilusiones. Comprendemos en medio de nuestro ardor que Alemania dispone de mucho dinero, de un ejército formidable y de una marina muy superior á la nuestra; convencidos estamos de que llegando á la guerra, la mayor parte de las probabilidades humanas militan en contra nuestra y que es muy posible que, agravándose mucho más nuestros males aumenten nuestra pequeñez y miseria; pero tenemos tambien muy presente que en el año 1808 carecíamos de Marina por haberse poco antes aniquilado en Trafalgar, carecíamos de generales inteligentes y aguerridos, de soldados, de plazas fuertes y dinero, mientras Napoleón había paseado sus águilas victoriosas por toda la Europa continental, sujetando con férrea cadena á los más poderosos príncipes del mundo y sin embargo, aquel pueblo, al parecer, tan abyecto y degenerado, aquellos españoles andrajosos y llenos de miseria, emprendieron con indecible entusiasmo una lucha tan desigual con el coloso del siglo. Estando nuestras plazas más fuertes en poder del enemigo, prisionero nuestro Rey con toda la real familia y alejados en países remotos casi todos los valientes de que se componía nuestro ejército, creyendo Napoleón que podría disponer de nuestros destinos

sin que se formulara ni una protesta ni se exhalara una queja, vió con asombro del que no salió en toda su vida, que el leon de España, terminado su letárgico sueño, sacudió su melena y con rugidos espantosos emprendió formidable lucha con las rapantes águilas del imperio.

Después de la hecatombe del dos de Mayo, el Alcalde de Móstoles, el Pelleter de Valencia, el carretero Juan Martín, Espoz y Mina, el cura Merino y otros personajes no menos oscuros é insignificantes que los ya mencionados, declararon solemnemente la guerra al coloso, sin reparar en que todo les faltaba, ni hacer grandes ni pequeños cálculos sobre las probabilidades de la victoria.

Aquellos improvisados guerreros que salían al campo con malas escopetas, azadas, picos, hoces y garrotes, considerados como bandoleros por los franceses y sus pérfidos secuaces, fueron el asombro de Europa y prepararon la España para tumba de las glorias del imperio y del poderío militar de la Francia. Los rugidos del acosado león retumbaron en las montañas, en los valles y en los llanos, en las ciudades, villas y aldeas, y aquel pueblo, poco antes abyecto y menospreciado, tuvo el placer sin igual de ver las espaldas á los soldados imperiales, gusto que no habían podido darse hasta entonces los ejércitos más aguerridos del mundo. La batalla de Bailen demostró á la Europa entera que, si arrastraba las cadenas con que la esclavizara el genio de la victoria, se debía simplemente y su poco valor y ninguna constancia, y que si el gran Napoleón había sido hasta entonces invencible, era por que sus ejércitos no habían medido hasta entonces sus armas con los pobres y despreciados españoles.

Al feliz desenlace de aquella brillante epopeya, que nos colocó á la altura de los pueblos más constantes y heróicos, contribuyó un número de casualidades y, cristianamente hablando, se debe todo él, á la providencia de Dios, que por caminos y medio ocultos, y burlando las previsiones del más sabio, sabe siempre ensalzar á los humildes y humillar á los soberbios.

Si contra todos los cálculos humanos

y sin ninguna probabilidad de lisonjero éxito, pudimos vencer á Napoleón, enterrar su gloria militar y encerrar á la nación francesa dentro de sus límites antiguos temblaremos ante la actitud de Alemania, máxime cuando ni esta ha conseguido imponer su yugo á las demás naciones, ni España se encuentra en la miseria y abyección del año 1808. No se nos ocultan los beneficios de la paz y la grande necesidad que de disfrutarla tenemos para el desarrollo de nuestro comercio, nuestra industria, nuestra agricultura y nuestra riqueza en general; no se nos ocultan los grandes sacrificios que se exigirán á cada español segun sus circunstancias y facultades; tenemos tambien presente que de la guerra pueden resultar nuestra miseria, nuestra ruina y hasta la pérdida de nuestra querida independencia; pero sin embargo de todo esto, pedimos la guerra inmediata ó el inmediato desagravio. Más vale morir con honor, más vale que España sea borrada del mapa como nación independiente, que aguantar resignados los insultos y atropellos y vivir á merced de un poderoso: vale más morir con honor que vivir deshorados para ludibrio y escarnio de las gentes. Si imitamos la conducta de nuestros padres y nuestros patrióticos esfuerzos consiguieran de Alemania lo que ahora nos niega, no obstante nuestros legítimos derechos, pudiéramos tambien figurar como potencia de primer orden é influir en los futuros destinos del mundo civilizado. Si, por el contrario, diéramos una prueba de cobardía dejando al imperio Aleman en quieta y pacífica posesión de las islas Carolinas, por no exponernos á los azares de una guerra, mañana nos arrebatarián otra joya y poco á poco nos quedaríamos sin nada, porque hasta las naciones menos poderosas se atreverían con nosotros: al hombre cobarde hasta los chiquillos le apedrean.

España debe, imitando al Senado romano, dar á escoger al imperio Aleman entre la paz ó la guerra y manifestarle que no está dispuesta á permitir ninguna humillación por la conservación de la paz ni le arredrarán las consecuencias de la guerra. Puede tambien imitando á Jenofonte, manifestar al canciller que, si bien no trata de suscitar dificultades á las demás naciones ni inmiscuirse en sus asuntos, tampoco consentirá que impunemente se la maltrate ó despoje.

Terminaremos diciendo que la Redacción de este periódico, en cuanto sea, pueda y valga está dispuesta á auxiliar por todos los medios al Gobierno constituido, sea cual fuere, hasta que España consiga la reparación de la grave ofensa que nos ha inferido Alemania.

LA MANIFESTACION DEL DOMINGO.

Por fin, nuestra siempre heroica ciudad se ha manifestado, como era de esperar, noble, seria, é imponente, protestando contra el acto de usurpación realizado por los alemanes en nuestras islas Carolinas.

Previo invitación de los Presidentes de los Círculos de recreo de esta capital y bajo su presidencia, se reunieron el jueves último en el Turolense, representantes de todas las clases de nuestra sociedad. Nuestro particular amigo D. Valero Rivera, puso á discusión los siguientes puntos: 1.º Dada la importancia y gravedad de las noticias recibidas relativamente á la ocupación intentada ó realizada por Alemania de parte de nuestro territorio, deeb Teruel manifestarse y protestar solemnemente en público de tamaña ofensa? 2.º En caso afirmativo, ¿cuál deberá ser el programa de la manifestación?

Sin discusión alguna se convino en el primero, y sin dificultad y acto seguido, se acordó el segundo; porque como la idea estaba en la mente de todos los allí reunidos, la simple exposición de ella fué bastante para encontrar perfecta concordancia en las intenciones y voluntad de todos.

Nombróse, pues, una Junta Directiva cuyos individuos fueron designados por aclamación, la que, constituida en el acto bajo la presidencia de dicho Sr. Rivera, dió seguidamente un manifiesto que no reproducimos por haber circulado profusamente en tiempo oportuno, en el cual se designó la hora de las cuatro de la tarde del día del domingo 6 de los corrientes, para realizar el pensamiento común á todos.

Llegada la hora del citado día, pronto hubimos de persuadirnos de lo que es capaz un pueblo unido. Escasas cuarenta y ocho horas se habían dado de tiempo á las fuerzas vivas de la Agricultura, Comercio é Industria de esta capital para reunirse y acordar lo más conveniente para realzar en lo posible tan solemne acto, y en pocos minutos las vimos á todas ordenadamente congregarse en la plaza de la Libertad, precedidas de lujosas banderas cuyos colores nacionales eran expresivo y fiel trasunto del pensamiento común, y cuyos particulares lemas y alegorías respondian perfectamente á los propósitos de cada grupo que en conjunto pudieron tambien resumirse en este lema: «Todo por la patria y para la patria.» Tal era la unidad de miras que desde luego allí se revelaba.

Como nadie se hizo esperar, pocos momentos después el Sr. Rivera, desde uno de los balcones del Círculo *La Libertad*, expuso en pocas palabras el objeto de la manifestación, anunció la protesta que había de presentarse á la Autoridad, y encargó el mayor orden y exquisita prudencia para realizar tan grandioso acto. Después empezaron á desfilar los gremios con el mayor orden y compostura á los acordes de la Banda Municipal que desde el principio hasta el fin estuvo acertadísima. Así llegaron á la plaza de la Constitución y palacio del Ayuntamiento, en donde esta Excelentísima Corporación en masa vino á unirse

á los manifestantes ocupando el puesto de preferencia y dando mas brillo al acto con el preciosísimo estandarte histórico que llevaba su sindico. Continuó la marcha ordenada y pacífica por la calle de 'on Amantes, plaza del Mercado, calle y plaza de S. Juan, calle de Valencia y Glorieta, en donde hizo alto mientras una Comisión pasó á poner en manos del Sr. Gobernador civil la correspondiente protesta, y siguieron después los manifestantes por el paseo del Óbalo, calle del Salvador y plaza del Mercado, entrando nuevamente en la de la Constitución, donde se hizo alto frente al palacio municipal.

Pocos momentos después tuvimos el gusto de ver en el balcón principal del consistorio á nuestro buen amigo D. Simeón Calvo, el cual entusiasmó nuevamente al público con los vivas que durante la carrera se habían oido con tanta frecuencia, á España, á la Independencia de la patria y á la Integridad nacional.

Acto seguido, nuestro particular amigo Don Mariano Muñoz Nougés que de tantas y tan justas simpatías goza en esta población, con voz potente y facil palabra y en acción que á primera vista descubría el cúmulo de efectos patrióticos que dominaban su ánimo, se expresó en estos ó parecidos términos, con gran satisfacción de todos los concurrentes:

«La manifestación que hemos llevado á término no es un acto político; no es la expresión del deseo de una parcialidad, mas ó menos respetable dentro de la patria, en frente de creencias ó principios de otra parcialidad ó de otros partidos, no. Es un acto más grande, más levantado, más patriótico, porque en él se hallan condensadas las aspiraciones y los sentimientos de los españoles todos, que, indignados ante violencias extranjeras, realizadas ó en proyecto, sobre parte de nuestro territorio, se revuelven altísimos en defensa de la honra ultrajada y la dignidad herida, para recordar, si lo ha olvidado, ó enseñar, si no lo sabe, al poderoso de hoy, al Coloso germánico, al Canciller de hierro, que la debilidad de un pueblo no se mide por el número escaso de sus barcos, ni por lo exausto de sus arcas, ni por las escisiones intestinas que corroen su seno, ni por la miseria, en fin, y la desgracia que le afligen; que se mide por el temple de ánimo de sus hijos; y España tiene acreditado en todas las épocas de la historia, que ni necesita de extraños auxilios para reconstituir la patria, ni le hacen falta dinero, ni cañones, ni soldados disciplinados para defender su independencia contra ejércitos más aguerridos que los ejércitos alemanes, porque tenemos un general más afortunado que Alejandro y que Cesar, más valiente que Napoleón y más estratégico que Molke, el general *No importa*, con el cual hemos alcanzado triunfos inverosímiles y sufrido derrotas también, pero derrotas tan gloriosas que valen por cien victorias.

Y este general no ha muerto, no puede morir, es imperecedero en la patria de Pelayo, de Inigo Arista y de Sancho Abarca, porque donde quiera que hay un agravio nacional que vengar, surge como

NOTICIAS.

Aunque somos eminentemente católicos y oímos con gusto la palabra divina que se dirige al pueblo desde la Cátedra del Espíritu-Santo, no podemos menos de manifestar el gran disgusto que nos produjo el Domingo, 6 de los corrientes, el sermón predicado en la Iglesia del Salvador de esta ciudad.

El predicador, confiado sin duda en sus grandes luces y eminentes dotes oratorias, subió á la Sagrada Cátedra sin haber pensado antes lo que había de decir, según tuvo la franqueza de manifestar al pueblo fiel. Y aunque hombre de grandes conocimientos y acostumbrado á dirigir la palabra al público, como dista mucho todavía de ser un Bossuet ó un Massillon, en vez de colocarse á una regular altura, regaló á sus oyentes una especie de conversación familiar, excesivamente familiar, y en la que brillaron mucho por su ausencia los conocimientos históricos, retóricos y gramaticales.

Nos parece que el sacerdote aludido sabe predicar mucho mejor que lo hizo en dicho día, y por lo mismo lamentamos su abandono y su pereza y sobre todo el pobrísimo concepto que debió formar del pueblo fiel que tuvo bastante paciencia para oír su sermón. Improvisaciones como aquella podrán pasar quizás en Gasconilla ó en la Fuen del cepo, y aun allí se consideraría inaudito atrevimiento el hecho de mezclar al Smo. Cristo en los mundanos amores de *Marcilla* y de *Segura*, que tan desastroso fin tuvieron bajo el punto de vista moral, según la versión más favorable.

El orador, con absoluto desconocimiento de la ciencia arquitectónica, supuso también que el templo del Salvador, cuya no remota fecha se descubre á primera vista, es coetáneo de nuestras primitivas murallas, y convirtió en hecho histórico lo que no pasa de ser una bella metáfora de Hartzembuch.

Pocas frases escogidas tuvimos el gusto de oír; pero en cambio habló de cosas tan distantes entre sí y con tan mal gusto las trajo, que no pudo menos de recordarnos aquello de *ut nec pes nec caput uni reditur forme*, de la celebre carta a los Pisones.

Concluiremos rogando al orador aludido que, ó deje la predicación, ó tense mucho antes de subir al púlpito qué es lo que va á predicar á los fieles; y aunque no varíe de estilo, ya que el estilo es el hombre, conseguira al menos decir cosas que interesen más á los oyentes y no se opongan nada ni para nada á la serie tal de los actos religiosos.

Hubiéramos, por esta vez, pasado en silencio tales dislates; pero como ya en otra ocasión se los oímos sospechamos que la enfermedad se ha hecho crónica y que el aludido necesita de remedios apropiados para que no pase á la categoría de incurable, lo que de verás sentiremos.

Es posible que quede mortificado con este nuestro leal consejo; pero ante todo debemos al público la verdad; y al exponerla, nos proponemos se corrijan faltas que, aun siendo involuntarias, tantos perjuicios pueden ocasionar á la Iglesia, siempre *séria, grave y magestuosa*.

El día en que se cantó en esta capital el *Te-Deum* en acción de gracias por la terminación de la epidemia colérica, el señor Gobernador civil, en nombre de Su Magestad el Rey, repartirá 1.000 pesetas entre los pobres que hayan quedado huérfanos en esta ciudad con motivo del cólera.

En la reunión verificada el día 5 en el casino Turolense, el Sr. Mediano dió lectura á un pequeño escrito producto de su entusiasmo, como él dijo, por las circunstancias que atravesamos, que literalmente decía así:

«Señores por indicación de mi respetable amigo D. Valero Rivera, hesido citado para esta reunión que he acudido presuroso. La salud de la patria está lastimada por la rapacidad Alemana. Pido á Dios nos proteja en las circunstancias actuales, y haga al propio tiempo por que desaparezcan del mundo los piratas de mar y tierra.

Guerra sin tregua á todos los que hayan sido y sean usurpadores, y ahora entonad conmigo himnos patrióticos los vivas á la integridad de la patria: viva España, viva Aragón: He dicho.»

Hemos cumplido la palabra que dimos entonces al Sr. Mediano. ¿Está satisfecho?

Por Real orden de 1.º del actual se ha concedido á nuestro particular amigo D. Isidro Gomez y Lopez, Tesorero de Hacienda de esta provincia, la jubilación que tenía solicitada, habiendo cesado en el cargo con fecha 7 y nombrado interinamente en su reemplazo, nuestro tambien particular amigo D. Pedro Manuel Gomez que desempeñaba el cargo de Cajero.

Damos á ambos nuestra más cordial enhorabuena.

Ha tomado posesión del destino de contador de Hacienda de esta provincia D. Antonio Ibarrola, nombrado por R. O. de 25 de Agosto. Tenemos las mejores noticias de su laboriosidad y clara inteligencia.

Reciba nuestra bienvenida, deseándole acierto y suerte en su espinoso cargo.

La «Frankfuster Zeitung» dice:

«Siendo la efervescencia en Madrid tan grande, la discusión de los derechos de posesión ya será juzgada por los españoles como una ofensa nacional, y difícil será que el ministerio acepte el arbitraj propuesto por nuestra diplomacia. De esta manera, pues, no puede resolverse la cuestión.

Del otro lado, aun suponiendo que Alemania tuviera el derecho á la posesión de las Carolinas, debemos preguntar si era prudente este proceder agresivo en vista de los muchos enemigos que tenemos en el mundo.

Sentimos decir que ya hemos perdido por completo la confianza de España y su amistad, cualquiera que sea el fin de la contienda.

por ensalmo, un héroe, poseído del génio de la guerra, acaudilando á otros héroes que le siguen con la fé ciega que inspira el entusiasmo, y con la satisfacción inmensa que en su pecho siente el que cumple un sagrado, un sublime deber muriendo por la patria.

Je fes desconocidos, soldados ignotos, héroes perdidos entre esa multitud á quienes los grandes y los poderosos apellidan «populacho.» ¡Populacho! Así llaman los periódicos alemanes á los que en Madrid y en otras partes, en manifestaciones como esta, se han atrevido á mirar al imperio cara á cara. Populacho, sí, pero este populacho es el que ha escrito en las calles de Madrid la fecha gloriosa é inmortal del dos de Mayo; el que ha hecho eternos en los fastos de los subimes heroísmos los nombres de Gerona y Zaragoza, y el que ahora y siempre, lo mismo en los tiempos antiguos que en los corrientes tiempos, se ha interpuesto y se interpondrá valeroso é invencible, para desbaratar las locas, las desatentadas ambiciones.»

Concluyó por dar las gracias al pueblo de Teruel, de quien dijo que sabía hermanar la libertad con el orden, y el ejercicio de los derechos con el cumplimiento estricto del deber, porque en vez de contestar al insulto con el insulto, había realizado una manifestación pacífica, severa, magestuosa, pero enérgica é inspirada en esa circunspecta entereza que tanto enaltece al que defiende un derecho, y está dispuesto á perder la vida antes que la honra; y dió vivas, que fueron calurosamente contestados, á España, á la honra nacional, á la integridad de la patria, al ejército, á la marina, á Aragón y á Teruel.

El pueblo le aplaudió con gran entusiasmo, obligándole á salir nuevamente, pues se había retirado, y al reproducirse los aplausos y los vivas, salió de la multitud un ¡viva Nougés! al que él contestó en el acto dando las gracias, pero diciendo que no son los hombres sino las ideas las que siempre viven. Seguidamente se disolvió la manifestación con el mismo orden y compostura y con mayor entusiasmo que había empezado.

Quisieramos consignar los nombres de los principales manifestantes entre los tres mil que nos reunimos, pero no nos atrevemos á hacerlo, porque seguramente cometeríamos involuntarias omisiones; baste decir que Teruel en masa, como un solo hombre, acudió espontáneamente al llamamiento y que cada uno en particular contribuyó á realizarlo con toda la medida de sus fuerzas. Sin embargo no debemos omitir que tuvimos el gusto de ver entre los manifestantes á los diputados provinciales residentes en esta capital, y á los individuos de los cuerpos docentes.

No debemos ni podemos terminar esta reseña sin hacer especial mención de la galantería y fineza con que nuestra primera Autoridad civil recibió á las Comisiones encargadas de organizar la manifestación y presentar la protesta, así como su diligencia en transmitir ésta al Gobierno de S. M. por medio del telégrafo; y creyendo interpretar los deseos de aquellas, aprovechamos gustosos estas líneas para darle expresivas gracias.

Nosotros no podemos comprender qué razones han movido á Bismark á lanzar la monarquía española en los brazos de la República francesa.»

Probablemente uno de los días de la próxima semana será cantado en esta ciudad el *Te-Deum* en acción de gracias por vernos ya libres, por la voluntad de Dios, del terrible azote colérico.

Se hará con gran pompa y solemnidad y según nuestras noticias, el día anterior se celebrarán honras fúnebres en el templo de la Catedral por las almas de los que han muerto en la epidemia.

La contestación á nuestra protesta que lleva la firma de Bismark, concluye diciendo:

«Si por la vía amistosa no se pudiera llegar á una inteligencia, entónces el gobierno imperial estaría dispuesto á confiar la discusión de la cuestión de derecho, surgida entre los dos gobiernos, al arbitraje de una potencia amiga de los dos Estados.»

Nuestro gobierno declaró que no lo admitiría cuando la ocupación de las Carolinas era una amenaza.

Solo falta que lo acepte, ahora que esa ocupación es un hecho.

«En presencia de lo ocurrido en Yap, el gobierno español preguntó al gobierno imperial si aprobaba y mantenía la conducta observada en aquella isla por el cañonero de guerra alemán.»

El ministro de Negocios interino ha declarado, que las instrucciones dadas por el gobierno alemán al comandante del buque de la marina imperial enviado á las Carolinas, se le ordenaba que si se encontraba á su llegada enfrente del pabellon español, no debía izar el pabellon alemán.

Los Camilleros y Enterradores.—El cólera ha pasado. No es aun tiempo de cantar *Las Alabanzas á Dios en el templo*; pero estos modestos y alegres héroes las han cantado ayer por las calles de la ciudad con su jota aragonesa en bien improvisada rondalla, llevándola izada una bandera blanca. (Paz á los muertos. Paz á los vivos.) Ellos son tan humildes como grandes, practicando las Obras de Misericordia y quedan alegres y satisfechos al terminarlas; son dignos de obtener la consideración del público, porque con inminente peligro de su vida, con generosidad, sin más retribución que el jornal preciso para atender á su subsistencia, han sacado los cadáveres de las casas, los han conducido en hombros y les han dado sepultura. Esto es caridad, esto son Obras de Misericordia.

Gracias debemos á nuestro Pastor espiritual, gracias á los sacerdotes, gracias á las autoridades, gracias á los médicos que se han escedido en el cumplimiento de sus deberes, gracias á los vecinos que se han asistido con abnegación unos á

otros; pero no olvidemos á los camilleros y enterradores.

Gracias pues á vosotros, gracias á vuestras madres que os enseñaron la doctrina cristiana, y sobre todo gracias á Dios que os ha inspirado tan humanitarios sentimientos. Seguir tan esforzados, honrados y caritativos en todos los actos de vuestra vida, y merecereis siempre los plácemes que á nombre de Teruel os tributamos.

VARIETADES.

UNA RELACIÓN MUY CURIOSA.

(Conclusión.)

Mil curiosos, tal vez mal intencionados, me han abrumado á preguntas en estos días que han mediado desde que vió lo luz pública mi articulillo anterior. ¿Qué contestación va V. á dar? me decían unos. ¿A quien se refiere V.? preguntaban otros. ¿Qué fin se propuso usted al escribirlo? añadían los demás.

Yo, como es natural, á nadie he contestado; no porque ignorase lo que había de decir, como han supuesto muchos, sino por evitar que las malas lenguas se despachasen á su gusto, añadiendo á todo, *el autor lo ha dicho*, y pesasen sobre mí las consecuencias que origina una palabra mal interpretada ó dicha con distinta intención, como suele suceder por lo general en localidades pequeñas.

Hoy estoy dispuesto á satisfacer la impertinente curiosidad de algunos y la natural de los demás, haciendo de las tres preguntitas anotadas el tema de mi humilde composición y dedicándola, aunque poco vale, al bello sexo, como porte más interesada en el asunto.

¿Porqué no contesté á mi amigo inmediatamente?

Porque se trataba de gustos y sobre esto, saben mis lectoras, *que no hay nada escrito*. Porque abrigo la convicción de que las mejores obras pierden parte de su mérito cuando han sido muy ponderadas, y porque viniendo mi amigo disgustado de sus paisanas, no me pareció oportuno adelantar el buen juicio que de las mías tengo formado, para que después él lo tachase tal vez de aposionado y parcial. Teniendo presente este razonamiento, me decidí á tener paciencia y esperar el resultado de sus observaciones hasta ayer, que yendo de paseo y después de muchos párrafos sobre la materia, convenimos, en que la mujer de Teruel es franca y amable por naturaleza, hacendosa desde pequeña, y que su educación dá mejores resultados en la práctica que la recibida por las jóvenes de las grandes capitales, contribuyendo de este modo á que sean buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Así me explico muy bien que mi amigo se despidiese de mí con las siguientes palabras: «créeme, me caso en Teruel.»

Yo que todavía tengo más motivos que él, para reconocer en mis paisanas mil cualidades buenas que envidiarían

otras jóvenes, no he de consentir de ninguna manera que se atribuyan á ellas los defectos que fueron anotados de otras. Conste pues, aunque supongo que habrán leído bien, que en mi último artículo no había alusión alguna á las de Teruel. Ha habido sin embargo algunas señoritas que, dándose desde luego por aludidas, con gran sentimiento mío han dado á entender que mejor que yo se conocían así mismas, puesto que no tenían inconveniente en apropiarse faltas que no les correspondían según mis cálculos.

¿Qué fin me propuse al escribir esta relación?

He aquí la tercera parte de mi artículo, si así se le puede llamar, que tiene como el anterior su fin particular, cual es el de ridiculizar los actos de mujeres informales y justificar los de mujeres juiciosas, para luego deducir de la comparación de ambas, que la joven que obra por capricho y que sus actos no los somete á la sana razón, se expone á la más severa crítica.

G. Arturo Romero.

BOLETIN RELIGIOSO.

Santos de hoy.—Ss. Hilario p., Nicolás de Tolentino y sta. Pulqueria emperatriz.

Cultos.—Al toque de oraciones, el Santo Rosario en las iglesias de Sta. Clara, y San Pedro.

SOLUCIÓN

á la charada del número anterior.

Rosario, muger graciosa,
Que me ama con frenesí,
Me pidió una flor hermosa
Y le dí una linda rosa
Que junto á un río cogí.

J. Gadea.

CHARADA.

Una dos plácido
Yo entono tétrico,
En tres tan rápido,
Como un seglár,
Y allí sin réplicas
Todo olorífera,
De flores místicas
Me han de gustár.

Jaime Gadea.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros suscritores de fuera de la Capital, se sirvan remitirnos el importe del primer trimestre de suscripción, pudiéndolo hacer en sellos de franqueo cuando no tengan otro medio. Los que no lo hagan efectivo dejarán de ser considerados como suscritores.

Imp. de V. Mallen, á cargo de F. Marin.